

Hugo Enrique Boulocq

SIEMPRE LLUEVEN FLORES EN MANANTIALES

CUENTOS

Ediciones Ocruxaves

Boulocq, Hugo Enrique

Siempre llueven flores en Manantiales - 1a ed. - Victoria :

Ocruxaves, 2008.

74 p. ; 21x14 cm.

ISBN 978-987-1194-15-5

1. Antología Literaria. I. Título

CDD 860

Fecha de catalogación: 23/04/2008

© 2006, Hugo E. Boulocq

ISBN N^º

Hecho el depósito que establece la ley 11.723

Editado e impreso por Ediciones Ocruxaves,
Carlos Casares 3337, (1644) Victoria, Buenos Aires
Tel./Fax: 4725-0924
ocruxaves@ciudad.com.ar
www.ocruxaves.com.ar

Se terminó de imprimir durante

Impreso en la República Argentina
Printed in Argentina

Compaginado durante diciembre de 2012 para la edición en PDF
por Hugo Ignacio Boulocq

A mis hijos:
Hugo, María y Federico

Liminar

Creo que la ficción es un código misterioso de la realidad, porque cifra en palabras lo que la existencia concreta tiene de intangible y revelador. Su fascinación reside en la certeza de que no hay nada seguro y en la posibilidad de que la vida misma sea una ficción.

Tal vez la historia de la humanidad forme parte de un cuento que se reescribe continuamente y quizás no exista tal historia ni tal humanidad, sólo fantasías y sueños enhebrados al amparo de la imaginación.

Los cuentos de este libro son meros artificios, balbuceos que permite el majestuoso dolor de la vida, y no escapan al desconcierto que causa tener menos dudas de la ficción que de la realidad.

Quando Augusto comenzó a mudarse*

*“Alguna vez durmió
y en sus sueños estaba el ímpetu del tren”.*

J.L. Borges, “El Sur”

Quando Augusto comenzó a mudarse, los días eran más largos y las noches aún traían la brisa del río en oleadas suaves, el tiempo era más lento y las distancias más grandes, las mañanas comenzaban con la oscuridad y nunca terminaban de ponerse claras; Buenos Aires todavía era un barrio apagado, un caserío sin idiosincrasia. Pero Augusto estaba decidido y, poco a poco, de tanto en tanto, juntó sus cosas y fue guardándolas en un baúl inútil que escondía debajo de su cama. De vez en cuando, una muerte hería la enorme casa donde convivía con primos, tíos, abuelos, padres y hermanos, y el luto antiguo detenía sus planes: mudarse después de un velorio hubiera sido tan inapropiado como hacerlo para los Carnavales. Y Augusto sufría las postergaciones que significaban también la Semana Santa, las fiestas patrias, los días santos, los cumpleaños, el fin del año y la ansiada llegada de los Reyes Magos. Eran pocos los resquicios que tenía entre tantas solemnidades para terminar los preparativos de su mudanza, y en las tardes morosas no se hubiera animado: la siesta no permitía ni siquiera que cantaran los pájaros que se amontonaban en la pajarera abovedada del último patio de la casa.

El día en que murió su papá brincando de dolor frente a sus ojos, resolvió contarle a su mamá que él ya había comenzado a mudarse; fue en un aparte del concurrido velorio, entre el vaho de las calas y al amparo de los cirios que sombreaban la sala. La madre, por toda respuesta, le dio una furibunda cachetada. Pero eso no lo amedrentó, por el contrario, hizo más fuerte su propósito de mudarse. Y aunque nunca pudo explicar por qué no pensaba sencillamente en partir hacia nuevos horizontes, en hacer un viaje o en probar fortuna en otra parte, él sentía que mudarse era la única palabra que abarcaba sus aspiraciones: estrenar otra vida con su vida a cuestas, y con ella tener todo lo nuevo que la novedad siempre depara. En ese mundo detenido se estaba ahogando.

Fueron tiempos difíciles para Augusto, todo le salía mal y todo se lo achacaban a

□ Primer Premio en el Certamen Literario Nacional Bruno Ceballos (Córdoba, 2005). Primera Mención en el Concurso Ciudad de Chivilcoy (2007)

su inminente mudanza: su apatía, sus malas notas en la escuela, su desgano. “*Es que se está mudando*”, lo justificaban en sorna sus primas y sus hermanas.

A los once años tuvo un simulacro de mudanza cuando lo enviaron a vivir con unos tíos algo ancianos que prometieron enderezarlo. “*Ya te mudaste*”, le dijo su hermana mayor al dejarlo solo en ese pueblo perdido en el sur de la provincia de Buenos Aires. Allí conoció el ferrocarril, y en los siguientes años viajó tanto en sus vagones diferenciados por clases -la primera tenía cuero en los asientos y mullidos respaldos; la segunda, en cambio, tenía bancos como los de la plaza, fríos y acerbos-, que resolvió para cuando ya estuviera mudado ser maquinista de una locomotora a vapor. Y aunque nunca llegó a ser maquinista, allí, en el sur, aprendió a escribir en una máquina Remington de teclas doradas. Su tía no la usaba y él jamás le preguntó para qué la había comprado; ya sospechaba que en la vida todas las cosas se hilvanan y lo aterraba la certeza de que esa máquina había sido comprada para él.

Lenta y fatigosamente logró dominar el teclado. Lenta y dolorosamente pudo escribir un cuento, unos poemas y algunos relatos.

Sus tíos comenzaron a creer que Augusto ya había olvidado su locura de mudarse. Difícilmente podrían comprender que su mudanza era algo más hondo e inexplicable que un capricho o un arrebato de niño atormentado. Las horas que pasaba sentado frente a la máquina de escribir, aporreando literalmente el teclado, estaban sustituyendo al baúl que tenía en su casa, debajo de la cama. Con la reluciente Remington, Augusto encontró otra forma de guardar lo que quería y lo que iba a llevarse; cambió las fotos de la mamá y el papá, las figuritas redondas “Pelé”, algunos buenos lápices “Faber”, el anillo con muescas para rezar el Rosario, la camiseta abotonada de San Telmo, los gemelos con perritos, unas cajas de madera con propagandas, los anotadores hechos sobre el reverso de volantes, las revistas mejicanas de historietas, algún “Patoruzito” y las estatuitas luminosas de santos por sus mejores evocaciones y esas nimias historias que él consideraba memorables. Escribió tantas páginas que sus tíos pensaron que iba a ser un escritor, pero nunca las leyeron y Augusto ni amagó con mostrárselas. “*¿Qué vas a hacer con todas esas hojas?*”, le preguntó la tía una tarde cualquiera, después de arreglarle la cama y de poner en orden las cosas que Augusto dejaba tiradas. El dilema que no había tenido antes con el baúl se le presentó ahora concreto y acuciante, porque una cosa era cargar objetos y otra muy distinta llevarse palabras.

¿Cómo se mudan las palabras?

Cuando Augusto comenzó a mudarse jamás imaginó que la vida auestas que iba a acompañarlo estaría contenida en esa enorme cantidad de palabras que individualizan los recuerdos, los sentimientos, las sensaciones, los pensamientos, los momentos, los sentidos, las imágenes y hasta el punto oscuro de la memoria donde no hay palabras y la intuición se escabulle inapresable como el aire.

Esa misma tarde fue hasta la estación y se sentó bajo un árbol tan solitario como el paraje. Muy a lo lejos el humo grisáceo de una locomotora anunciaba que el tren estaba llegando. Observó la silueta por más tiempo del que puede medirse y presintió que debía hacer algo. Fue hasta la casa de los tíos, metió las hojas mecanografiadas en bolsas de papel y las cargó hasta el andén. Ya había gente en la plataforma esperando para viajar. Todos se conocían y se saludaban animadamente. Esperó en silencio el arribo del tren. El característico silbato y los chirridos hirientes de los frenos dominaron el ambiente; después, esa especie de exhalación que lanza la máquina sudorosa cuando se detiene agotada, cambió todos los aromas que hasta ese momento se percibían dulces y mansos. El tren se detuvo y Augusto se trepó a la locomotora por la escalerilla de hierro, y antes de que el maquinista asombrado le dijera algo le preguntó por el fogonero. El hombre le señaló a un gigante tizado que atravesaba la puerta que los separaba de la carbonera. El calor en la cabina era insoportable, se mezclaba con el vapor y se anudaba en la garganta. Miró al hombretón, realmente inspiraba temor, pero decidió encararlo y decirle lo que quería, *“sí, que cuando ya estén viajando use estas bolsitas con papeles para alimentar la caldera”*, repitió hasta cansarse. Los dos hombres rieron con ganas y asintieron, total *“esos papeles en la caldera van a ser como manías en la boca de un elefante”*, se justificaron.

Los habladorías de pueblo, que nunca faltan, dicen que el tren esa tarde corrió más rápido y liviano que una brisa de montaña, y que el cielo, hacia el este y el poniente, se cubrió de nubes que semejaban rostros con risas y con llantos, también que cayó una suave llovizna cuyas gotas parecían lágrimas brotadas de una cara de niño acongojado, y que el viento del campo entraba raudo por las ventanillas de los vagones, haciendo danzar extrañas figuras de héroes y villanos evanescentes entre los asientos de primera y de segunda clase. Lo cierto es que nunca se supo qué hizo Augusto cuando descendió de la máquina, ni hacia dónde se dirigió y, menos aún, por qué la tía estuvo buscándolo hasta la madrugada, preguntando a cada vecino por ese muchacho que ya nadie, absolutamente nadie, recordaba.

Las noches de Efraín Zegallo

Trepó por las escaleras respirando entrecortado, llegó al último piso del edificio y salió a la azotea. La noche estaba radiante, parecía hecha a propósito para halagarlo; miró las estrellas, el cielo azul, las nubes blancas y la luna redonda que se reflejaba en el embaldosado; se sentó debajo de los enormes tanques de agua, prendió un cigarrillo y esperó. Efraín Zegallo iba a hablar con Dios.

Más allá de cualquier fantasía, él sabía que ese encuentro era inevitable; no dependía de su fe ni de sus necesidades, no era un acto de magia o un milagro, y ni siquiera representaba algo irreal o extraordinario. Todos los hombres, en algún instante de su vida, presienten que Dios va a hablarles; las células atesoran esa posibilidad en su memoria indescifrable.

Pero un ser sin tiempo no puede llegar tarde o temprano a una cita pactada en la eternidad, así que Efraín, haciéndole caso al palpito que lo asediaba como una certeza, se dispuso a pasar la noche esperándolo.

Fumó, dormitó, bailoteó, bostezó, caminó, se desperezó, recordó, puso la mente en blanco, y la primera noche pasó; Dios no se presentó pero descendió la luna y se apagaron lentamente las estrellas, cayó el rocío y al alba las nubes comenzaron a ponerse de color naranja. Cuando apareció el sol, Efraín se quedó extasiado: la luminosidad que se insinuaba iba creando todas las formas y los colores que la noche había desdibujado. La ciudad cambiaba su luz artificial por esa otra incomparable que trazaba el contorno de los edificios y las avenidas, y las sombras que antes dominaban el espacio, ahora servían para marcar los contrastes. Amaneció.

Bajó a su departamento en el segundo piso y durmió hasta bien entrada la tarde. Se sentía débil y cansado; ya había superado los años en que las noches en vela no hacen daño.

Sus días eran aburridos y fugaces; trabajaba intermitentemente como corrector para dos editoriales y con lo que ganaba le alcanzaba para estar flaco. Este nuevo trajín iba a demacrarlo.

La segunda noche, Efraín Zegallo evitó nuevamente el ascensor para que nadie en el edificio se enterase de sus movimientos noctámbulos, y aún así, cuando llegó al

techo, creyó ver a alguien sentado más allá de los tanques de agua. Pensó que era un vecino insomne. Evitó cruzárselo.

El cielo estaba encapotado y pronto iba a llover; la oscuridad se resquebrajaba con la luz que llegaba de la calle. Buscó el mismo sitio de ayer y se tendió a esperar.

Un aguacero implacable se desató como una cascada; debajo de las cisternas podía ver como el agua se adueñaba del espacio.

La figura que había visto al llegar vino a refugiarse cerca de él: era una mujer con la que alguna vez se había cruzado en la entrada del edificio; tenía una madurez atractiva e insinuante. Se saludaron tibiamente y se miraron cada uno pensando qué hacía el otro en un lugar y hora tan inapropiados. Estaban tensos e incómodos. Inventaron excusas para salir del paso y porque la lluvia no permitía arriesgarse a dejar el refugio, después intercambiaron monólogos sobre el clima para cubrir los silencios que siempre se generan entre extraños. Hasta que ella exclamó que Dios la había abandonado. Efraín, previéndolo, invitó la primera ronda de cigarrillos y la dejó confesarle que había llegado hasta la azotea del edificio para suicidarse. Mientras la mujer hablaba, pensó que, evidentemente, Dios no tenía nada que ver con que ella estuviese sola y a un paso de perder el departamento por deudas de expensas muy atrasadas, tampoco con la falta de trabajo y el derrumbe precipitado de su vida; pero necesitaba desahogarse y culpar a alguien. Prefirió que Dios, esa noche, no viniese a hablarle.

La tormenta fue apaciguándose hasta dejar impregnado el aire; algo cambia cuando llueve y, aunque se lo percibe, es difícil explicarlo: se intuyen la germinación de las semillas en la oscuridad de una maceta, el hollín en retirada, el concreto respirando por sus grietas, los metales desperezándose y el asfalto ciñéndose un nuevo negro; los árboles de la ciudad sanan sus heridas y un raro alivio surca las calles.

Después de convencer a la mujer de la inutilidad del suicidio, se sintió vacío y exhausto. La muerte es la seguridad y la incertidumbre más claras que tiene la vida; y si existe la posibilidad de que se trate de otro alumbramiento, el suicidio le quita hasta esa ilusión, le había dicho para no caer en el lugar común: mientras hay vida, hay esperanza. No le dijo que la única esperanza del hombre de la ciudad es que Dios exista realmente.

Ese día no durmió y estuvo varias horas pensando si debía volver a la azotea. Por qué querría Dios hablarle a él, precisamente a él que vivía en la frontera del fracaso,

acobardado por las batallas que nunca libró y resentido por las oportunidades que jamás buscó. Pero no tenía respuestas.

Esa noche, la tercera, regresó al techo del edificio obedeciendo a un estímulo distinto; se encontró con el sereno, quien le recriminó el enjambre de colillas de cigarrillos que había en el suelo; se disculpó y salió al aire fresco de una noche limpia, sin nubes. La mujer que anoche iba a suicidarse estaba esperándolo detrás de las cisternas. Al verla, supo que esta vez había subido por ella. La saludó con un beso. Conversaron de los problemas que le había contado hasta que la hora y el lugar se volvieron incógnitas evidentes; porque, quién pasa sus noches en vela en la azotea del edificio donde tiene su departamento. Tendría que revelarle el porqué de sus viglias a cielo abierto, su palpito de un Dios que se acercaría para hablarle y su sensación de que todo podía ser cierto. Dudó. Quizás sus certezas la espantaran y no tenía ganas de sufrir un desplante. Enmudeció. Ella obvió la respuesta invitándolo al departamento del quinto piso que pronto iban a rematarle. A Efraín lo sorprendió que tomara la delantera, pero accedió.

Si Dios llegaba esa noche, tendría que esperar que él se saciara de las caderas que lo zarandeaban como olas hambrientas y aguardar que terminará de recorrer las marismas de ese cuerpo que sabía a arena cálida. Cuando terminara de tenderse en sus playas, sería la mañana.

Ese día no regresó a su departamento y durmió en la cama ajena hasta la tarde. Cuando se despertó, notó que la cama tenía algo de nube, por el vapor celeste que envolvía las sábanas aún calientes, y algo de cielo, por el increíble plateado que la hacía flotar en el ambiente. La mujer no estaba a su lado pero persistía su perfume; su fragancia de mar profundo invadía la atmósfera del cuarto y lo envolvía hasta encenderlo. Se sintió suspendido en el aire, liviano y transparente.

Caminó con la sensación de estar levitando y recorrió el departamento buscándola; quiso llamarla pero no sabía su nombre, ¿por qué no se lo había preguntado? Buscó café, lo necesitaba, pero allí no había ni siquiera una cocina, sólo vapor y aroma de océano, paredes etéreas y luces de un firmamento calmo.

Quizás el placer lo había embotado.

Se vistió apresuradamente, abrió la puerta y subió. Anochecía. Vio la sombra entre las sombras del crepúsculo: era ella y estaba esperándolo. Efraín le preguntó quién era y qué significaba el escenario que había montado abajo. La mujer sonrió y le tendió

los brazos; se abrazaron, y él tuvo ese instante fugaz y centellante, único en la vida, en el que todo se conoce y todo se sabe; la existencia se hace comprensible y el universo se revela como un acertijo descifrado. En el mínimo lapso que ella estuvo cobijándolo conoció las respuestas para todas las preguntas que la humanidad se formula inútilmente, y comprendió la fatuidad de la razón para explicarlo. Ella no era Dios, obviamente, y muy poco tardó en darse cuenta de que estaba abrazado al aire.

De lo vivido sólo le quedó el aroma; recobró la firmeza del espacio y rápidamente comenzó a olvidarse de la mujer, de sus ganas de hablar con Dios y de las noches pasadas. Bajó por las escaleras y se detuvo en el quinto piso, sin saber por qué tocó el timbre del departamento y esperó. Una mujer abrió la puerta y se quedó mirándolo. Efraín advirtió que tenía una madurez atractiva e insinuante; recordó que alguna vez se habían cruzado en la entrada del edificio y que nunca le había preguntado cómo se llamaba.

Moisés clama por nosotros

Allá Moisés clama por nosotros lo que nosotros olvidamos, en el monte de la tormenta y el rayo, tan cerca del cielo como nadie ha estado, tan lejos de nuestro corazón como el dolor y la muerte que no deseamos. Una violenta descarga ilumina el día como si otro sol se sumara al sol que nos abrasa y mortifica desde el alba, pero su furor se apaga en la cima del Sinaí y el silencio cae nuevamente por las laderas escarpadas. Nuestro pueblo es un silencio constante. Nadie nos quiere y nosotros sólo nos tenemos a nosotros.

-¿Moisés verá al Señor? -pregunta el pequeño Josué con algo de espanto.

Yo no lo sé. Hace tantas semanas que partió y son tantos los días que llevamos esperando, que es más fácil olvidarlo. No lo vimos irse pero supimos que ya no estaba cuando su hermano, Aarón, se encargó de las raciones de trigo y agua: el jefe de cada tribu imploró en vano por frutas secas y leche de cabra, pero sólo los levitas debían ser saciados. La rebelión se estaba gestando, y comenzó por las debilidades de la carne: las hijas de la tribu de Judá trocaron placer por pan ácimo, las de Gad arrendaron sus entrañas por dátiles, y las de Rubén simularon fogosidad por buey asado. Los hombres huyeron del rigor y se refugiaron en las sinuosidades de la nueva dicha, se tornaron sumisos y mansos ante el susurro de las mujeres, pero las hembras quisieron dioses de jade, pidieron oro y perfumes egipcios, alhajas asirías y joyas sumerias, ellas llenaron los oídos de los varones con palabras vacuas y les dibujaron un altar magnánimo con un becerro dorado abrazado de flores y guirnaldas. Los hombres les construyeron el altar y sobre él entronizaron al nuevo dios.

-¿Este dios es más poderoso que el Dios de Moisés? -inquieta Josué, intrigado. El nuevo dios ahora se yergue ajeno y distante como una flor de mármol.

Sé que no, pero callo. Jamás le revelaría quién decide el poder de los dioses.

Las fiestas y los bailes comenzaron; niñas semidesnudas exhiben sus vientres planos a unos pasos del fuego que ilumina la divinidad recién inaugurada. El alcohol de manzanas silvestres se regala como las miradas, los senos embriagadores de las bailarinas se destapan y los muslos tentadores incitan a los muchachos. Un nuevo frenesí

recorre la tierra y la lujuria puede más que la esperanza; la Tierra Prometida es un espejismo que se escurre como arena del desierto y ya nadie espera, nadie cree, nadie anhela lo que no puede tocarse. La vida pierde sentido y se desbaranca como un guijarro arrojado al abismo.

Algunos ancianos aún rezamos por el milagro, pero es tan corta la vida y tan larga la desdicha que soportamos que ni el más justo puede condenar tanta pasión, tanta alegría que repentinamente trajo un dios más cercano a nuestras debilidades.

Hacia la tercera madrugada, cuando hombres y mujeres yacen embriagados por el sueño, el placer y las frutas fermentadas, esparcidos por el terreno árido y ondulado, entremezclados como serpientes en una cueva, la voz de todas las voces clama al pie de la montaña, y el timbre de ira y dolor agiganta la figura blanca de Moisés; lleva los cabellos largos y cenicientos, su túnica está quemada y de su cara y de sus manos brotan chispazos como los que provoca el relámpago. Nos hiere con sus ojos inflamados, su mirada es un látigo que se agita implacable sobre los cuerpos adormilados.

En cada mano lleva unas tablas perforadas con signos extraños; son planchas de granito cinceladas cuya lectura nos está vedada.

-El Señor escribió su ley en estas tablas -dice y todos lo escuchamos, aún los muy lejanos-; su escritura abraza más fuerte que la sed y el hambre. ¡Qué terrible fue escucharlo, y qué horror es verlos a ustedes, mis hermanos, después de contemplarlo!

Su rostro es invisible como una lágrima y sus manos vuelan en el aire como una daga veloz, pero su voz, ¡ah! ¿con qué dolor puedo explicarla? Nada se le compara; está en todas partes y en ninguna, es el cielo y es el aire, es una abeja que zumba sin descanso y es un leño que crepita hasta agotarse, nada en este mundo se le parece, ni la trompeta de batalla tiene su fuerza, ni la garganta de una fiera salvaje suena tan hondo y provoca tanto espanto.

-¡Los maldigo, hijos de Abraham y de Jacob, los maldigo! -exclama hasta agotarse.

Sentimos la fuerza de la maldición que desciende hasta nuestros corazones como la niebla que en cada madrugada ocultaba el Nilo, es un castigo implacable que nos humilla hasta postrarnos. Y no hay piedad, no hay perdón para quienes pecaron contra el Dios de Moisés adorando una imagen sin alma.

-En mis días en la montaña -gime Moisés-, solo y aterrado, vi a Aquél que nos sacó de Egipto en su trono de nubes y viento, tras el fuego terrible que esparcían sus ojos y

sus manos; y por mirarlo quedé ciego hasta que me curaron sus ángeles. Él me dijo que no temiera porque iba a darme la ley para que todos fuéramos sus hijos bienamados. Pero su ley fue quebrantada y esto es lo que hago -y allí, entre las rocas afiladas, dejó caer las tablas. No terminaron de romperse y ya saltó Moisés sobre las brasas para tirar el ídolo sobre la tierra ardiente; el becerro de oro comenzó a fundirse y perdió su cara, y su cuerpo se deshizo en un río dorado.

Luego Moisés llamó a Aarón y le dio la orden precisa, imperiosa, de exterminar semillas y frutos del pecado. En esos días veinte mil impíos fueron masacrados, padres e hijos, esposas, concubinas y sirvientes, todos sucumbieron bajo la espada feroz de los levitas, y el pueblo lloró hasta secarse.

-¿Por qué necesita el Dios de Moisés tanta sangre? -pregunta Josué aterrado. Será nuestro próximo caudillo, pero aún no sabe cómo es su amo.

Nadie le responde. Los que quedamos, vemos a Moisés partir nuevamente hacia la montaña, y como somos viejos y lo que sabemos es pecado, callamos.

Arriba, en la cima, será otra vez cegado por las lenguas de fuego y las maravillas que nuestro Dios desata cuando se presenta a los elegidos; su ley y su ciencia nos traerán la gracia, pero nos condenarán a una guerra perpetua contra nuestras debilidades. Allá, él clamará por nosotros al Eterno. Y Dios, escuchándolo, confirmará complacido que nuestra memoria no alcanza para recordar que fuimos nosotros, imperfectos y erráticos humanos, quienes lo inventamos.

La vida es apacible

La vida es apacible cuando cae el sol y hay un río que cubre la mirada, y si más allá se alzan unas montañas y algunos pinos flamean como alas, entonces el mundo es admirable y vale la pena estar en su regazo. Poco importa si la noche llega inexorable y el agua se encrespa porque el viento ruge como un animal hambriento; las montañas permanecen, el bosque queda y sólo hace falta un libro abierto junto a la chimenea de una cabaña de piedra.

Mirando el río revuelto pienso cuán delicioso sería ver arder un fuego de llamas rojas, contemplar la danza de las chispas, sentir el dulce calor de las brasas en la piel y, de vez en cuando, arrimar más leños. Quizá una copa de vino un tanto seco, nada áspero ni demasiado espeso, se convertiría en la compañía perfecta, aunque en el valle y a la intemperie un plato de comida caliente me sentaría mejor.

Cuando el viento aúlla -y esta noche le cae perfecta- deseo una tienda de campaña que me proteja. Robusta, firme, de tela resistente, sus estacas perforarían el suelo como raíces, mientras los tientos semejarían cuerdas de una guitarra nueva. Desde su interior contemplaría el fuego animado por las ráfagas que ahora barren la tierra. Quién, entre tanto clamor adverso, desearía mejor suerte. No soy ingrato, pero sueño: la escopeta para cazar y la línea para pescar no pueden estar ausentes; una junto al jergón de plaza y media, la otra arrollada sobre un tronco recién talado que usaré como asiento.

Sería tiempo de asir el hacha y de cosechar mi leña. Cómo no anhelar tan bello instrumento: el filo presto, la empuñadura esbelta; con movimientos oblicuos y parejos el viejo árbol cede, la madera emerge y el gigante se desploma sobre la hierba. Ese grave hierro y un cuchillo de monte son mi desvelo, éste último ceñido a la pierna como una prenda, enfundado hasta el mango de hueso.

Pero es extrema mi pobreza: no tengo amigos, de nada converso, carezco de voluntad para cumplir mis sueños, y ni siquiera entiendo el dolor ajeno. En noches como ésta vislumbro la verdad pero la callo. Respirar es más ameno.

El silencio permite trazar un puente sobre la impotencia. El valle es mi mundo aunque no llegue a ser mi universo. Yo no intervengo.

Ahora llueve y las ramas de un pino son mi techo.

Gotea.

Tratado incierto sobre la poesía de un cartero

Recuerdo haber fracasado tantas veces como las tantas que lo intenté; la poesía me esquivo y yo la esquivo a ella, y ni siquiera con la voraz imagen de la rosa, que por analogía captura la vida del poema, tuve suerte. No tengo el sino del poeta y por ello, aunque no sólo por ello, le pedí al cartero de mi barrio que escribiera un poema por mí. El hombre, imperturbable y serio, me contestó que un poema por encargo es como un rayo sin tormenta, o, si lo prefería, el humo de un fuego ausente. El muy artero había leído a Skármeta entre gavillas y mazos de cartas viejas, cuyos destinatarios eran buzones en ruinas y casillas evanescentes y, por ende, creía que entre sus predecesores había figuras de relieve. No era de mi incumbencia señalarle que el cartero de Neruda existía sólo en la ficción y que se trataba apenas de un aprendiz de poeta, algo ingenuo y otro poco grotesco; no, mi pedido no apelaba a tales antecedentes, además no estaba abrazado por un amor inaplazable ni por una pasión incandescente. Debí contarle que nunca salgo, que casi no veo gente y que hablo muy poco con extraños, y que como no tengo radio, televisión ni teléfono poseo una realidad escueta para entender a mis congéneres. El mundo para mí es un misterio, cuya existencia depende únicamente de los libros que leo y releo. Carecía de importancia mencionarle que vivo merced a unos alquileres que personas puntillosas me giran mensualmente, cuya renta heredé sin siquiera saberlo, y menos aún avisarle que el único diario que hay en la casa es de octubre de 1952. Creo haber visto en sitios diversos algunas revistas, pero sólo cuando el sol de la mañana entra por las ventanas y baña los cuartos húmedos como un arrullo materno. Era inocuo advertirle que nunca hubo luz eléctrica, ya que el cartero siempre golpeó la aldaba para delatar su presencia. Por años me trajo las encomiendas que salvaba del fuego de la oficina de correos: sus beneficiarios y remitentes se habían perdido para siempre y yo le inspiraba menos dolor que las llamas insolentes; y por años también omitió decirme qué piedad o qué remordimiento le hacía detener su bicicleta junto a mi puerta para depositar un paquete semiabierto, acusador de su contenido. Era extraño: a él también le gustaba leer, aunque lo hiciera en secreto, y nada le hubiera impedido quedarse con los envíos para su cosecha.

-Para qué lo quiere -me preguntó al fin, refiriéndose al poema. Era un día sin

sombras, crucial como los presentimientos. Intenté la excusa de mi fracaso con el género, tal como la expuse al comienzo, pero no fui convincente. Ambos sabíamos, aunque él secretamente, que yo podía leer colecciones de poemas de todos los tiempos, tratar a cientos de virtuosos poetas, y de cada era de la humanidad a los más célebres; podía dar con los mejores en millares de páginas impresas, hurgar en las entrañas de la poesía y detenerme en esos monumentos literarios que abonan el pasado como perlas.

-Ensaye otra respuesta -fue su sello a mis balbuceos. Entonces le propuse un trato entre caballeros: si él develaba por qué me obsequiaba las ubicuas encomiendas, yo le revelaría el verdadero motivo de mi solicitud. Aceptó y preguntó por qué jamás abrí los paquetes que dejaba en mi puerta. Recordé las pilas indecisas de fardales que cubrían dos paredes de un salón contiguo; un soplo potente podría derribarlas fácilmente.

-No lo sé -le respondí-, quizás actué por instinto de conservación; esos bultos sin nombre ni dirección me aterran. El cartero fue clemente: me pidió que eligiera cualquiera al azar y lo abriera. Lo hice y descubrí que se trataba de libros deliciosamente encuadernados, con cubiertas perfectas y las páginas blancas, lisas y vacías como una tinaja sin agua o sin aceite. No había allí, entre los tantos libros ensobrados y pacientes, ni uno solo que estuviera escrito.

Protesté: -¡Me embaucó!

Él también protestó: -¿Por qué no los abrió antes de que yo se lo dijera?

Cualquier discusión posterior sería estéril, sólo restaba confesarnos mutuamente la verdad. El resultado fue un desconcierto.

-Desde hace muchos años, estos son los libros que circulan y se leen -aclaró el cartero-; libros sin palabras, yermos, desiertos. Pero así es el mundo actual. La literatura creyó encontrar al fin la forma de expresar el silencio, y todos los escritores adoptaron sus modos y su técnica. Los lectores no tuvieron más remedio que leer sus propios balbuceos acerca de las infinitas combinaciones del silencio. Yo se los regalé con la tibia esperanza de que coincidiéramos en que una hoja en blanco no es más que eso: una hoja en blanco.

Estaba por revelarle al hombre que le había pedido que escribiera un poema por mí porque era el único ser humano que había visto y con quien había hablado en todos los años que recuerdo, y con la también tibia esperanza de mi parte de palpar la letra viva de un congénere. Pero cambié de opinión cuando vislumbré la posibilidad de que ese viejo cartero astuto me contagiara sus certezas.

-Yo quería que usted me escribiera un poema para reírme después de su vulgaridad y de su falta de talento. Apostaba mis huesos a que me traería una pieza lastimera manchada de triviales sentimientos -mentí sin escrúpulos.

Entonces el cartero se dio por vencido y me despachó su verdad: -Y yo quería saber si usted aún estaba vivo.

Fue la última vez que vi al cartero y aunque pasaron muchos años, aún recuerdo su cara de dolor y abatimiento cuando traspuso la puerta. Supongo que fue el último cartero que tuvo la desaparecida oficina de correos. El mundo ahora está hecho a mi medida; ya no existen la radio, la televisión ni el teléfono; no hay diarios ni revistas, no se escuchan voces y la música está prohibida oficialmente. Afuera y adentro de mi casa sólo se percibe el silencio.

Cría cuervos

Allá arriba, no demasiado lejos, un ave perdida atraviesa las nubes asomándose y desapareciendo como si surcara dos cielos distintos, el que ella vuela y el que yo veo.

Aquí abajo, la playa está casi desierta; sólo el zumbido de alguna caña de pescar delata la presencia de lejanos e invisibles pescadores. Aún no es de noche y la luz natural sólo me alcanza para seguir al ave y buscarla en cada una de sus apariciones.

Mi obsesión con el pájaro tiene algo de morboso; quizás el pobre animal está luchando contra el viento y yo espero verlo caer, decididamente vencido y exhausto, pero cómo saberlo. Enciendo un cigarrillo con dificultad y la acción me distrae lo suficiente como para perderlo de vista. El humo me envuelve; forma una tenue niebla que no me permite ver la figura que la atraviesa repentinamente, aunque puedo distinguir un par de alas negras que vuelan hacia el cielo. Es el ave, un cuervo de pico afilado que ya se dio cuenta de mi situación y me avisa que el duelo final es entre él y yo. Lo desafío aspirando el humo del tabaco y volviendo a lanzar las grises volutas al aire, después lo busco en el techo del mar y entre las olas que empiezan a crecer como gigantes

No está. Suspiro con alivio y me tiendo en la arena aún tibia y acogedora. ¡Cuánto daría por un día más de sol caliente y agua salada! ¡Llegar hasta mañana! ¡Ah! ¡La vida, bendito sea! ¡Qué hermoso es hundir los pies entre los berberechos huidizos que invaden la resaca! ¡Qué bella es la espuma salvaje del agua embravecida! Pero combatí en el bando equivocado y aquí estoy, muriendo como el día, arrepentido de pelear guerras ajenas. Tal vez el cuervo lo sepa. Desde el aire pudo ver esa creciente mancha de sangre que me rodea y tiñe la arena. Hubiera deseado que se tratara de un demonio preparado para arrastrarme al infierno, pero no, es un simple cuervo que conoce su oficio desde siempre.

El cigarrillo me marea y, aunque no lo quiera, caigo, me desplomo boca arriba y lo veo. Se acerca. No tiene prisa. No duda. Posa sus patas pegajosas en mi frente y me arranca los ojos a picotazos. Lo último que oigo son sus chillidos impiadosos, helados como la noche que llega.

La multa setecientos cuatro*

El irascible señor Gómez abrió la puerta, echó al perro y le dio al cartero un sobre marrón sin remitente. Le advirtió que era un anónimo para la compañía que provee de inspiración a los poetas. Unos minutos antes había despedido a su amigo Orestes, con quien discutió desde el mediodía el contenido de la misiva. Esa mañana había compuesto una quintilla y una décima porque aborrecía los octosílabos y quería renegar lo suficiente para aparecer ante su amigo como un ser afligido. Lo mismo había hecho cuando tuvo que asistir al entierro de su tía Berta, aunque esa vez compuso una redondilla inspirándose en Quevedo y sólo obtuvo una mueca de falso dolor y una multa de la compañía que provee de inspiración a los poetas. Hasta el presente había acumulado setecientos tres multas, algunas por componer versos que otros ya habían escrito; otras, por criticar veladamente en sus poemas a la compañía, y las más, por no usar adecuadamente los motivos que semana tras semana le eran provistos a través de su casilla de correo electrónico. El sistema era sencillo pero implacable: cada semana el señor Gómez recibía un indescifrable mensaje con una ráfaga de perfiles simétricos, los que después de parpadear en la pantalla del ordenador seguían titilando en su cabeza como puntos infinitos de un firmamento de signos; bastaba que observara unos segundos el monitor para que su mente hirviera de imágenes e ideas que pugnaban por convertirse en lenguaje. Todos los vocablos del idioma lo asaltaban cada día de esa semana, a cuyo término se alineaban prácticamente solos en versos de notable ritmo, musicalidad y armonía. Él únicamente tenía que ponerle el título y alguna dosis de talento, el que, curiosamente, no formaba parte de los requisitos del régimen. La composición final debía ser remitida a la compañía, la que extendía un crédito a nombre del señor Gómez para que éste continuara su vida; en caso contrario, recibía una multa equivalente a un desprestigio público. Por esa razón, hasta ese mediodía sólo conservaba a su amigo Orestes.

Los octosílabos mañaneros le valdrían una nueva multa, pero el señor Gómez se sentía al borde del sistema y había tomado la firme decisión de sobrevivir poéticamente por sus propios medios, lo cual era prácticamente imposible.

□ Elegido para integrar la publicación del Premio José Scangarello (Córdoba, 2006)

El anónimo en cuestión era una pegatina de escritos que pregonaban vivas y hurras a las inspiración libre, y mueras al imperialismo poético. Orestes trató de persuadirlo para que no lo enviara, pero fue en vano; cuando abandonó su domicilio, convencido de que el anónimo llevaba una firma no escrita, ya sabía que su amistad con el señor Gómez había concluido. Sin embargo, fueron las quintillas y décimas que Orestes desconocía las que provocaron la última multa, porque el cartero, piadosamente, jamás entregó el sobre marrón sin remitente.

La multa setecientos cuatro significaba la cancelación de la cuenta y la baja del servicio, y aunque el poeta excluido no recibía ninguna comunicación al respecto, los efectos de la medida comenzaban a sentirse paulatina pero inexorablemente.

La tarde siguiente, el señor Gómez se vistió de primavera para salir a pasear por las calles de San Telmo, caminó hasta el Parque Lezama y allí comprobó extrañado que no había flores en los canteros; buscó algún florista y alguna florería para constatar su descubrimiento, pero no tuvo suerte. Con el paso de los días dejó de percibir el perfume de los jazmines y el aroma de las rosas, y por mucho que lo intentó no pudo recordar la fragancia de las violetas ni el encanto de los claveles. El mundo empezó a parecerle algo triste y algo desabrido, aunque erróneamente se lo atribuyó al azar, el único elemento que, por cierto, rige el destino. Cuando perdió la noción del rocío de la mañana, del centelleo de las estrellas y el fulgurar de la luna, tuvo miedo; las formas estables, generosas y vastas que hasta hace poco constituían la atmósfera de sus poemas, eran ahora un impreciso, fugitivo y precario recuerdo. La compañía que provee de inspiración a los poetas le estaba tendiendo un cerco siniestro y preciso: sin la imagen de la rosa, la idea de la rosa que él podía encontrar definida en cualquier libro se convertía en una abstracción ajena por completo a la poesía. Porque ¿cuál definición del perfume de la rosa puede apresar el perfume de la rosa? Obviamente, el señor Gómez no sabía al empezar su solitaria cruzada contra la compañía que provee de inspiración a los poetas que estas cosas sucederían. Y no le fue mejor con los trinos de los pájaros, el vuelo de las palomas, las brisas que presagian lloviznas y el agua cantarina de los ríos; peor aún, como un sordo adormecido dejó de escuchar los llantos y las risas de la gente, sus gemidos de dolor y sus gritos de alegría, ya no vio una lágrima ni una sonrisa, y se sintió solo, seco y excluido.

En esas noches maldijo hasta el agotamiento su inútil conocimiento de los recursos gramaticales y fonéticos que emplea la poesía; aborreció todo lo que conocía

de tropos y figuras, de los sistemas de versificación y las medidas rítmicas. Supo que el poeta no utiliza las palabras como cáscaras vacías, ya que con las palabras frías no podía expresar ni siquiera la frialdad que sentía, y entendió que la compañía que provee de inspiración a los poetas no podía quitarle lo que él nunca había tenido. Quizás debía regresar a su pobre e irascible vida.

Un domingo en la plaza Dorrego percibió la mirada de una mujer que se posaba en él como un brinco. Fue un destello fugaz que le hizo prestar atención a las cosas nimias que decoran la existencia, como las mosca que paseaba por sus zapatos y se detenía extasiada con el brillo del cuero, o el humo ascendente de un cigarrillo que alguien fumaba lejos de su vista y que dibujaba formas raras en el aire, o el inusitado cortejo de dos ratitas entre las rejas negras de una alcantarilla. Ya en su casa, observó por primera vez el ir y venir de una araña que tejía su tela detrás de una pila de libros, se extasió con el minúsculo pero febril trajín de una cucaracha entre los desperdicios de comida, miró con asombro el largo camino de hormigas que recorría el alféizar de una ventana. Durmió mejor que otros días y se despertó con la tibia ilusión de que hubiera polvo sobre los muebles y manchas de hollín en la cocina, tal vez toda su ropa no estaría limpia y prolija; quizás el agua de la ducha saldría fría, o comprobara que se había quedado dormido y llegaría tarde a cualquier sitio. *Quién sabe, se dijo, si me pongo unas viejas zapatillas y unos pantalones algo desprolijos y salgo a caminar por Defensa, bordeando el parque Lezama tal vez lo encuentre a Orestes y podamos conversar de los viajes que nos prometimos con carpa y mochila a esos lugares perdidos donde el silencio tapa todos los sonidos del universo; o si no, tal vez camine hasta la plaza y me siente en el mismo banco a esperar que la mujer de la mirada fija me abrace nuevamente con la vista; la miraré a los ojos y si me lo permite, le diré que me siento atraído por la hermosa poesía de su presencia. O no, se retractó repentinamente inspirado por la vida, quizás sólo la invite a tomar un café en el bar de la esquina.*

Un silencio más

*“Lulú se acostaba desnuda porque
le gustaba acariciarse con las sábanas”*

Jean-Paul Sastre, “Intimidad”

Cuando murió el abuelo José, la casa grande se llenó de llantos y susurros, las enormes salas y los largos pasillos se apagaron como cirios, y la vida de los que quedamos vivos entre sus paredes ya no fue la misma. Entre los cambios que recuerdo, el más terrible para mi niñez que se esfumaba fue que todos, repentinamente todos, dejaron de verme. Cada persona que subía por la escaleras y atravesaba el corredor hacia la sala de las exequias, me sorteaba como se esquivan las macetas o las sillas de una tertulia interrumpida, y ya no tenían las acostumbradas sonrisas ni jugaban con los dedos entre mi pelo. Desde ese día nadie notó que había comenzado a amontonar mis juguetes y que ya no necesitaba que me alzarán para subir al ventanuco de la azotea; ahora Lulú, la gata del fondo, no se escabullía cuando me asomaba al patio, se acercaba sigilosamente y se frotaba contra mis piernas, esperaba un instante algo que la retuviera más tiempo y, ante mi indiferencia, saltaba a la cornisa de la medianera y se paseaba como una hoja impulsada por el viento. El animal debía percibir que algo me estaba ocurriendo.

Durante el interminable duelo yo fui un silencio más entre los silencios que arrastraban mis tías en sus caminatas hasta la cocina; las veía cerrar las puertas de aquel santuario de hornallas y ollas hirvientes, y, como nunca antes, me quedaba afuera, en el pasillo vidriado que olía a flores marchitas y a tristeza. Inusitadamente, las piernas y los senos de mi tía Lola cobraron existencia, se volvieron tan tentadores como el chocolate de las tardes de invierno, y su presencia comenzó a provocarme cosquilleos en ese nuevo cuerpo que me estaba creciendo. Y como para los demás yo era un ser ausente, mi obsesión por la tía Lola trepó desmañada y silente.

Después del duelo, la vieja casa volvió a ser húmeda y enhiesta, aunque el tono melancólico que recorría sus paredes duró para siempre. La tía Lola -que era la cuñada más joven de mi mamá-, una mañana despertó a mis otras tías con la música clamorosa

de La Traviata, que sonaba gentil y alegre como un rayo de sol después de una noche negra. Las puertas y las ventanas de la casa aparecieron abiertas de par en par, en la gran cocina había jazmines sobre la mesa y por los corredores circulaba un perfume nuevo y agreste. Había llegado la primavera y Lola estaba radiante con su vestido ceñido al cuerpo; caminaba descalza mientras limpiaba y tarareaba la ópera de Verdi. Desde mi cuarto, que no tenía ya el barullo de un niño ni todavía el desorden de un adulto sino algo más turbio y revuelto, escuché los retos y las sentencias que mis tías más viejas le dispararon a la mujer; la retaban como muchas veces me habían retado a mí, aunque por la gravedad de sus palabras, la estaban acorralando e hiriendo.

Desesperada, llorando como una niña que no tiene consuelo, la tía Lola vino a refugiarse en mi cuarto, abrió la puerta y la cerró tras de sí como si tratara de clausurar el dolor que sentía, se acercó a mi cama y lloró hasta el agotamiento; después se tendió y se durmió como un bebé cansado de lloriquear. En ningún momento se dio cuenta de mi presencia en un rincón de la habitación, lo cual era bastante lógico ya que todos habían dejado de verme. Me acerqué un poco, llegué hasta los pies de la cama y la observé: el vestido desacomodado se había entreabierto y apenas cubría sus muslos perfectos; el cabello renegrido se colaba por el nacimiento de sus senos de muchacha robusta, y aquellas caderas que tanto me atraían aparecían expuestas como frutas silvestres. Un leve ronroneo acompañaba su respiración, quizás estaba inmersa en un sueño placentero que le permitía relajarse, estirarse y arquearse con singular elasticidad. La jovencita casada con mi tío Alberto representaba para mí, en ese momento, todo el universo que quería tener entre mis brazos, era la premura de mis manos inexpertas y un tibio dolor urgente que me incendiaba las células. Extendí mis dedos hacia su espalda y Lola, sin despertarse, comenzó a darse vuelta; cada uno de los rasgos de la gata negra del fondo se dibujaron en su rostro, en su pecho, en sus miembros, hasta convertirla en el felino ágil y distante que merodeaba por la casa libremente. En mi cama deshecha dormía sin remordimientos el animal preciso y artero que últimamente había estado frotándose contra mis piernas. Retiré mis dedos y, desencantado, volví al rincón de la habitación. Afuera, mis tías reían; y sus risas parecían maullidos lastimeros, grotescos.

Quiero leer un libro

Quiero leer un libro. Un libro de tapas enceradas y hojas crujientes. Quiero sentarme en la cama y apoyar la espalda sobre la almohada con un libro para leer hasta la madrugada. Quiero recorrer el negro de las palabras y palparlas, atravesar los renglones, viajar de letra en letra, doblar las páginas, marcarlas, respirarlas.

Los ojos impávidos que me miran mientras pienso en voz alta no son de mirada sino de incandescencia, son ojos de extraño aunque se trate de mi quinto hijo nacido en mis primeros años de vejez.

-¿Cómo era un libro, viejo? -me interroga observándome con sus pupilas dilatadas y voraces. Cómo podría explicarle lo que ya no existe. Ya no hay nada que se parezca a un libro. La literatura de la humanidad se almacena en una biblioteca imaginaria con millones de volúmenes irreales. Los libros simplemente se extinguieron, desaparecieron como los animales que exterminamos. Y son tantas las décadas que pasaron desde la última vez que vi un ejemplar en exhibición en una tienda de antigüedades, que ahora creo que todos los olvidamos. Porque olvidarlos fue más conveniente que librar una batalla contra el tiempo y los cambios.

-¿Te acordás de los libros digitales? -le pregunto apelando a la memoria de un pasado más reciente. Mueve la cabeza y la enorme pantalla que a mí me parece de plasma -pero que no es mezcla de gases entre vidrios sino algo más sofisticado cuyo nombre se me escapa-, se escabulle entre multicolores burbujas de agua.

No, ni siquiera sabe de qué hablo. Para él soy tan obsoleto como mi ordenador con teclado -a pesar de su capacidad para ejecutar programas que en mi juventud nadie hubiera soñado. Las conexiones de esta nueva era a la que llegué por milagro son corporales. Y como no conozco las nuevas terminologías, imagino al cuerpo como el componente material del sistema informático y al cerebro como su soporte lógico. Algunas veces me río de esta ironía de la historia, porque con tanto miedo que tuvimos a un brote de inteligencia de las máquinas, jamás pensamos que sería a la inversa, que nosotros nos apoderaríamos de ellas hasta dejarlas de lado. Lo mismo pasó con el lenguaje: antes necesitábamos quien les tradujera a las máquinas lo que queríamos de ellas; ahora tienen nuestro mismo idioma.

¿Cómo creará mi hijo que se difundieron todos los autores conocidos hasta el siglo pasado? Evito preguntárselo. Admito que me cohibe dialogar con quien ya no me necesita para nada. Recuerdo con nostalgia cuando le preguntaba a mi abuelo cómo eran los tranvías. El abuelo insistía en que el mundo cambiaba demasiado rápido.

-Estos libros tuyos, ¿cómo se encendían? -me pregunta sin ironía ni sarcasmo; es sincero, él no cree que el ser humano pueda prescindir de algún mecanismo que se prenda y apague. Y no es su culpa. Desde niño aprendió a convivir con aparatos encendidos en los que el mundo era sólo para mirar. No calculamos que los jóvenes también querrían tocar ese mundo y que algún día lo lograrían, mientras nosotros, los viejos, seguíamos creyendo que sólo estaban mirando.

Insiste: -¿Cuánto duraban?, ¿quién los programaba?

Son preguntas crueles para las que yo sólo tengo respuestas culpables. No debimos permitir que los libros desaparecieran sin dejar rastros. Quizás menospreciamos la voracidad de la imagen, su poder implacable. Porque en algún momento la vida se hizo más fácil y ya no fue necesario sostener cosas en la mano. Evolucionamos, adquirimos nuevos hábitos, les cedimos a las computadoras todos nuestros espacios. Pero fueron nuestros hijos quienes les arrebataron el corazón a las máquinas. Entonces el mundo se volvió impalpable y ya no quedó nada de lo que llamábamos comunicación, intercambio, convivencia con los semejantes. En este tiempo los únicos semejantes son esas enormes pantallas que parecen moverse en el agua y que llevan y traen la inteligencia de cada ser humano de uno a otro lado del planeta. Las emociones y los sentimientos ahora sólo se entienden como necesidades primarias.

Tengo ganas de preguntarle a mi hijo si él lee, pero creo que no me va a entender. Técnicamente, la lectura no existe; fue sustituida por el acceso a las fuentes de datos sin los primitivos rastreadores. Y si aún me cuesta comprender que no haya un espacio físico que los genere, supongo que entre esos datos circularán la Biblia, Cervantes, Shakespeare, Goethe, Homero, Dante, Kafka, Dickens, Conrad, Schopenhauer, Borges, Hesse, Neruda, García Márquez. No sé de qué forma ni con qué ánimo lograrán captar sus obras; quizás sean sólo informes, referencias del pasado. Después de todo, nosotros hicimos algo parecido con la escritura, la usamos y la dañamos sin reparar en los esfuerzos que significó el lenguaje. En algún momento convertimos las frases en siglas y las siglas en códigos visuales rápidos, instantáneos. A nuestros hijos les dejamos un idioma híbrido y seco, una simple mueca de lo que alguna vez fue una lengua palpitante.

Arbitrariamente recuerdo el refrán que le atribuyeron a José Martí: tener un hijo, plantar un árbol, escribir un libro. La repito en voz alta. Mi hijo me mira con suspicacia; la inmensa pantalla a sus espaldas burbujea, ondea como un mar encrespado por el viento. Concebir, cultivar y crear son verbos arcaicos, pertenecen a una etapa de la humanidad que fue sepultada por los cambios vertiginosos. La cultura de esta época es una abstracción basada en los que mi generación creyó sofisticados lenguajes de programación; ahora todo es imperativo, lógico y funcional. Aún así, mis palabras le provocan escozor.

-Resume nuestras aspiraciones de perpetuarnos -le explico sin que me lo pida.

-¿Entonces yo te perpetúo? -me pregunta asombrado.

Asiento con entusiasmo.

-Eso me puede dar una idea de lo que era un libro -me dice esforzándose. Y lo comprendo. Es como si yo tuviera que definir un cronopio de Cortazar. Quizás estoy llevándolo por un camino que no conduce a ningún lado, o quizás estoy pagando las consecuencias de errores que nos instalaron en el futuro sin preámbulos. Creo que fueron nuestras equivocaciones las que hicieron que nuestros hijos pegaran el gran salto y se distanciaran hasta convertirse en extraños. Ellos no nos deben nada. Mi hijo no me debe nada. Y si no es así, por qué todavía sigo escuchando la pregunta letal que él me susurra mientras titila la enorme pantalla viscosa y tras la ventana del cuarto no puede distinguirse si es la noche, el día o la mañana:

-¿Qué es un árbol, viejo?

Huelga decir que no tengo tiempo

Huelga decir que no tengo tiempo, que mis ocupaciones me impiden atenderlo y que nada de lo que me diga podrá contra ello. De mañana temprano tengo que tomar café, leer los titulares de los diarios y fumar mientras pienso en cómo organizar el día que se viene; luego, espío el clima, veo cómo amanecieron mis perros, enciendo el automóvil para que se caliente y abro las ventanas de la casa para que el aire se renueve. A media mañana siempre suena el teléfono y tengo que hablar de trabajo y de dinero, pero como ambos escasean voy directo a ocuparme del almuerzo. Antes del mediodía llegan mis hijos del colegio, entonces es preciso que los atienda y les prepare la comida. Almorzar, bendito sea, demanda horas de paciencia, además con el televisor encendido pronto se hace la media tarde y ya es hora de la siesta. La siesta es sagrada, dicen los que saben acerca de la falta de tiempo. Al promediar la tarde es necesario algo de esparcimiento: caminar un poco, hablar de esto y aquello con los vecinos, tomar alguna infusión para no perder las fuerzas. Luego es cuestión de esperar la cena y con ella la reunión de la familia que hasta ese momento permaneció dispersa. Y ya por las noche las cosas cotidianas se encaminan al silencio y preanuncian el sueño. Ahora bien, con esta agenda ¿cómo pretende que preste oídos a sus problemas y, más aún, que pueda esperar de mi parte una respuesta? Usted no tiene familia ni dinero, perdió su casa, su trabajo y las pocas pertenencias que formaban sus recuerdos; va de un lado para el otro mendigando el pan y pidiendo ropa vieja. No tiene cobijo, nadie que lo cuide y nadie que lo quiera; siente dolor y la humillación del hambre, y para colmo está enfermo. No sé, yo fui a la iglesia muchas veces, pero sinceramente no lo recuerdo. Siempre había mucha gente, todos devotos y creyentes; nunca me percaté de su presencia, y ni siquiera me acuerdo de haberle hablado frente a frente. Discúlpeme, no tengo tiempo, su cara para mí es nueva, y por su apariencia dudo mucho que lo haya contemplado, más flaco, más joven, desnudo, pendiendo de unos leños de madera.

Una noche en Magdala*

Aunque la tarde se moría como un mal presagio, Josías sonreía recordando la cara regordeta y odiosa de su hermano Horacio. Gozaba haciendo sufrir a esa masa forrada de carne y grasa, se relamía pensando en su ira comprimida y disfrutaba con su impotencia. Tal vez esa mañana el hermano lo hubiera matado, por qué no, había sido la gota que restaba para completar la tinaja y no hacía falta nada más para que aquel guiñapo de odios y rencores le retorciera el pescuezo hasta estrangularlo. Pero no, el muy ladino sólo atinó a mirarlo con los ojos inflamados y, como un lobo manso, se puso al lado del padre. *Pobre viejo, pensó Josías, siempre tuvo que interponerse entre su herencia y la de mi madre.* El hijo mayor, Horacio, llevaba el rigor paterno en la sangre, su meta era engordar el ganado y su ambición era el dinero constante y sonante; en cambio él, el hijo menor, *¡ah! ¡cómo le habré recordado a mi madre cuando vagaba sin importarme una oveja más o una oveja menos de las tantas que entraban a los corrales!* Josías volvió a sonreír y esta vez alzó la vista y contempló el cielo negro que parecía a punto de desplomarse sobre su cabeza. Azuzó al caballo que tiraba del ligero carro y maldijo la mala suerte que le ocultaba una luna clara que lo guiara. Aún así, la ciudad lo esperaba.

Antes de entrar en Magdala se palpó las faltriqueras repletas de dinero, comprobó si había escondido bien en las alforjas los giros que le había firmado el padre y le siguió pegando al pobre caballo cansado. Esa mañana se había alzado, en efectivo y en promesas de pago, con todo lo que le hubiera tocado a la muerte del viejo. Creyó que era lo suficiente para olvidarse que era un desgraciado. Nunca calculó que no era lo bastante.

La incipiente ciudad era un brumoso caserío mal iluminado. Josías enfiló hacia una taberna y, dentro de la oscuridad del tenderete, se desplomó sobre una mesa. Alguien le trajo vino y pan con tortilla de vegetales. Antes de que terminara de comer, sintió el asedio de una joven prostituta. Era una linda mujer de cabellos largos y cintura cimbreante, algo tosca y muy vivaracha. La invitó a beber y cometió el mismo error que cometen todos los borrachos: habló demasiado. De la mujer sólo supo que se llamaba María. Parecía insaciable. Ella escuchó su historia entrecortada: *Cuando murió mi*

□ Primer Premio en el Concurso por los 30 años de la Seccional Surbonaerense de la SADE (Avellaneda, 2007).

mamá, el viejo y mi hermano se hicieron inseparables. Él era su única esperanza y yo, el que no servía para nada. Los dos me lo dieron a entender hasta el hartazgo, y me hicieron la vida tan agria que ya no importaba si trabajaba, si me atragantaba de comida o si bebía hasta desmayarme. Cualquier sirviente valía más que yo en esa casa. Ellos me enseñaron a odiarla.

Después de media botella, el mundo le pareció más fácil.

María lo condujo a un cuarto sin ventanas y le preguntó si tenía con qué pagarle. Josías le mostró las incontables monedas que le había dado el padre: *Esto y unas órdenes de pago para cobrar a sus socios en Babilonia y en Egipto son mi herencia anticipada. Se la pedí al viejo cuando ya no aguanté más que mi hermano me despreciara y mi papá estuviese siempre entre ambos. ¿Para qué?, ¡si ese gordo infame y avaro sólo tiene fuerzas para levantar los sacos de plata que junta en las subastas de animales!*

Tuvieron tanto sexo que María se creyó con derecho a saber dónde iría y qué haría con la fortuna que llevaba encima. Josías fue sincero: *Me voy adonde pueda gastarla.* La mujer lo dejó dormir hasta que se saciara de sueño. No le quitó un céntimo más de lo que prometió cobrarle.

Cinco años después, Magdala había adquirido el carácter de una ciudad pujante, pero aún le faltaba la fisonomía entusiasta del progreso; eso lo notó Josías al regresar a sus calles. Por instinto, se dirigió a la misma taberna de aquella primera noche de su viaje y preguntó por la mujer. El tabernero no era el mismo y él no inspiraba confianza. Sucio, andrajoso y flaco como una estaca, parecía un mendigo pasado de hambre. Antes de echarlo a patadas, el hombre quiso saber por qué preguntaba por María, y Josías le contó lo poco que podía contarle. El tabernero se rió con ganas: *Hace bastante tiempo que se fue; ahora está cambiada y sigue a un predicador que hace milagros.* Algunos abonados que languidecían en los rincones se mofaron de Josías y comenzaron a insultarlo, y como el asunto pintaba mal, el tabernero le preguntó si quería comer afuera con los chanchos, así mientras tanto se los cuidaba. Dijo que sí porque ya no le quedaba un no para gastar.

Los cerdos comían las sobras de la cantina y él lo que les sobraba a los animales; eran tan sucios que a veces le costaba distinguir entre la comida y los excrementos. *Después de todo, tampoco pude distinguir entre lo que fui y lo que soy ahora.* En cinco años dilapidó hasta la salud y ahora sólo deseaba estar muerto. Pero la muerte no es un premio que llega como una tiara y siempre quedan cosas por hacer antes de enfrentarla. Eso lo supo cuando la vio a María con su nuevo aspecto de viuda devota. Ella no lo reconoció y parecía lógico que así fuera: él podía ser uno más de los tantos que, hacía ya muchos años, atendió por dinero, y prefirió evitarlo. Él insistió hasta que la mujer tuvo que hablarle.

Josías le recordó aquella noche en Magdala cuando él le contó su historia y ella lo amó hasta agotarlo. *¿Cómo puedo acordarme de tantas caras y de tantos pecados?*, mintió María. Hubiera podido agregar que estaba en la ciudad por pura casualidad y que no tenía pensado encontrarlo, pero calló para no seguir mintiendo. *Dos palabras, nada más*, le había dicho el *rabí* que la envió.

Josías seguía hablando y ella trataba de encontrar esas dos palabras que pudieran salvarlo. Pasaron algunos minutos interminables.

Tu padre, dijo al fin, interrumpiendo al pordiosero que ya no entendía si estaba frente a una penitente o una loca. *¿Qué hay con mi padre?*, gritó Josías mientras la mujer comenzaba a alejarse, primero lentamente, luego más rápido; después la vió correr y confundirse con el polvo de la calle que levantaban sus sandalias.

¿Qué pasa con mi padre, mujer, qué pasa?, se quedó maldiciendo Josías hasta ahogarse en lágrimas.

María ya era un punto que cruzaba las murallas de Magdala; en las afueras, el hombre que había inventado la historia del hijo pródigo la esperaba ansiosa, amorosamente.

Siempre llueven flores en Manantiales*

*“Si la flor cubre la tierra / y las señas están claras /
y en el mundo no hay dolor / te iré a ver, amor.”*

Cecilia Meirelles

Siempre llueven flores en Manantiales. Abril inunda sus calles con margaritas blancas y gardenias, desde mayo hasta junio caen azahares y tulipanes rojos, y hasta septiembre todo el pueblo se anega de lirios, claveles y hortensias. Con la primavera bajan del cielo rosas rojas y tulipanes amarillos, y es un verdadero deleite ver planear sus pétalos entre los techos y las paredes de las casas de madera hasta diciembre.

Pero con el estío el cielo enmudece; la vida sufre el letargo de un calor aplastante y no quedan señales de las lluvias floridas, sólo los cardos, matas y espinos sobrellevan la sequedad que hiere el suelo.

Fue en ese tiempo que llegó a Manantiales el extranjero; era enero, entre las nubes se asomaba un sol intenso y el río mostraba sin pudor su cauce viejo. Tenía una figura larga y una sombra esbelta, y caminaba sin tocar el piso, casi a los saltos entre el barro seco y las cenizas del mediodía. Su paso por las calles de la siesta fue una leve brisa que los vecinos contemplaron con indiferencia, quizás porque sólo un demente vendría al pueblo en su peor momento, pero Azucena, la posadera que le dio albergue, intuyó que aquel hombre les quitaría el sueño.

“Vengo de tantos lugares que ya perdí la cuenta”, le contestó cuando ella quiso tirarle de la lengua, y la mujer supo que en realidad no venía de ningún sitio -pero qué importancia tenía si al fin y al cabo Manantiales era uno de ellos.

En esos días recrudesció el calor, acompañado de una tórrida ventisca que obligó a cerrar las ventanas y a bajar las celosías. El interior de las casas se tornó imposible y no se discernía si el viento era una bendición o un castigo.

“Es una paradoja”, afirmó el extranjero desde la hamaca que lo ceñía como la red de un pescador. Azucena lo contempló por tantos instantes como le fue posible y sin siquiera saber qué quería decir con lo que le decía se sintió invadida, presa de una

□ Primer Premio en el IV Concurso de la Reunión de Escritores Independientes de Avellaneda (2007).

emoción que apenas sentía cuando caían las rosas rojas en cada primavera. Y con esa urgencia de las emociones nuevas trató de elegirle un nombre entre los siete nombres y los siete apellidos que él había anotado en el registro. Sin quererlo, quizás por instinto, recordó que su amiga Violeta, la repostera que preparaba dulces con las flores llovidas, le había advertido que los hombres hablaban difícil cuando querían que las mujeres les fueran fáciles; y entonces se le plantó de frente y le largó una andanada de reproches, de los que se arrepentiría ése y los siguientes días, todos los días de su vida. Él ni siquiera dijo esta boca es mía.

“Para qué andar espantando a los hombres con un marido muerto y una viudez perpetua, si en este pueblo si no fuera por las flores ninguna de nosotras sabría distinguir un bostezo de un suspiro”, le dijo Begonia, la vecina, después de escucharla a través del muro donde había apoyado el oído.

Nada volvió a ser lo mismo para Azucena, aunque el forastero no se dio por aludido. Él iba y venía por el pueblo ajeno a tanto protagonismo y a veces se detenía para mirar la tierra sentándose en cuclillas, acercándose a las grietas y surcos que recorrían los arriates como heridas antiguas, hundiendo sus manos en la arena gruesa que el polvo vestía de turba y arcilla.

Los vecinos comenzaron a murmurar que al forastero se le había calentado el juicio, y Azucena, que sabía de las murmuraciones porque todo lo del aquel hombre le concernía, un día de fin de enero juntó ánimo y le preguntó qué esperaba encontrar con esas poses tan ridículas.

“Busco un paradigma”, le respondió él con esa voz de hornacina que a ella la horneaba viva. No inquirió qué era un paradigma porque su esposo, antes de morir abrazado a la única anémona que cayó del cielo, le había dicho que Manantiales era un paradigma de belleza estéril, y ella entendió entonces que la palabra escondía una comparación difícil y quizás por ello interpretó ahora que él buscaba un imposible. Herida por la revelación, se fue a llorar a escondidas detrás de unos abrojos cubiertos de babosas y caracoles en lo que podía ser jardín y ni siquiera llegaba a ser baldío. Y así llorando la vio Magnolia, la sibilina, y sin darle tiempo a que se escurriera las lágrimas le advirtió: “Se le va a ir tal como vino si usted no se aviva”. Al escucharla, Azucena tuvo la sensación de que el mundo ya estaba antiguo.

Cuando comenzó febrero el aire trajo una marea de insectos de alas invisibles, los mismos que antes merodeaban por el río y en este tiempo de sequía parecían perdidos; y

como en Manantiales hacía una eternidad que no había agua llovida, el presagio de un aguacero se convirtió en certidumbre con las primeras gotas que arrojaron las nubes aún blanquísimas. La posadera tuvo entonces la certeza de que el mundo viejo se moría.

Pronto el goteo se convirtió en llovizna, y cuando el chispeo tomó impulso se hizo chubasco, chaparrón, tormenta y tempestad por seis días corridos, tiempo más que suficiente para que Azucena le preguntara en la clausura del albergue por qué se llamaba Cayetano Santiago Florentino Pedro Fernando Mauricio Melquíades, y Delaura Nasar Ariza Páramo Vidal Olmos Babilonia.

“Es que mi madre no sabía qué padre elegirme entre los hombres que quisieron hacerle un hijo, así que me puso todos los nombres y apellidos que recordaba con excepción de uno, al que siempre llamó Melquíades”.

Desde ese momento él también fue para ella Melquíades.

Sin embargo, en los días que duró el diluvio la posadera y el extranjero se rehuyeron como niños; ella porque no entendía qué cambios en el cuerpo le provocaba la presencia de Melquíades -ese recuperar su silueta más fina, el insomnio, los dolores en el cuello, la sed de las caderas y el cosquilleo indefinido-; él porque sin planes a la vista ahora caía en la cuenta de que nunca había planeado su vida -y menos aún sabría qué hacer con el universo que la mujer le proponía. Ninguno de los dos pensaba todavía en la posibilidad de que el tiempo les quedara chico o tal vez ninguno de los dos vislumbraba que el tiempo era ahora mismo.

De la inclemencia a Azucena le quedó la sensación vacía de que se trataba de una parábola, como le dijo Melquíades cuando el goteo se hizo chirlo. Y esta vez no hizo ningún comentario porque la lluvia de agua era más triste que la de flores y más insípida que sus propias lágrimas.

La borrasca dejó a todos boquiabiertos y empapados, hablando con gorgoteos y maldiciendo entre burbujas; pero Manantiales no se inundó porque la tierra se sació de humedad hasta quedar encinta, y con una fecundidad desconocida el séptimo día empezó a parir maleza verde y brotes de vegetales que nadie conocía. Sólo el extranjero mostraba alegría entre tantas caras confundidas. “Esto no tiene parangón”, le dijo alborozado a la posadera cuando ella quiso saber de qué se reía. Y era cierto, porque después de la lluvia comenzaría a crecer desde abajo lo que siempre cayó desde arriba. Pero Azucena se quedó en ascuas y mirándolo como a una aparición, quizás porque

nunca antes lo había visto reírse, o tal vez porque el hombre se le acercó demasiado y pudo sentir su aliento como otra piel que le nacía en la que ya tenía. Para sacarla del trance en el que ambos sucumbirían si ella seguía encendida y porque el sol invitaba a mirar más allá de donde llegaba la vista, Melquíades le propuso mostrarle lo que estaba creciendo en el limo, que si bien no eran más que varas, brozas y retoños para él se veían como plantas maduras, y así le nombró los pensamientos morados que se confundían con las camelias rosadas en algún lugar del légamo para ella invisible; y la violácea lavanda y el ciruelo blanco en otro sitio igualmente imperceptible; y el junquillo amarillo y la magnolia púrpura en un punto que sólo él distinguía; y las azaleas lilas y el jazmín de los poetas en un rincón donde ella apenas veía mantillo.

“¿Cómo hace para ver lo que no existe?”, lo interrumpió Azucena sin sacarle los ojos de encima. Él podría haberle contestado que lo imaginaba o lo creía, ya que ambas acciones no dependen de lo visible, o quizás que lo deseaba, aunque el deseo obedece más a los sentidos, o tal vez que lo intuía, aún cuando ese vislumbre no es fácilmente transmisible; o podría haberle mostrado sin más rodeos las semillas que todavía se batían en los bolsillos de su pantalón y confesarle que las había desperdigado por todo Manantiales como sueños. Pero en cambio prefirió decirle que así lo sentía, sin darse cuenta de que ésa era la palabra que ella esperaba para abrirse y estrenarse ante su vista con el blanco y verde de sus pétalos de azucena florecida. Y aunque mucho se preguntara qué era lo que en realidad le había dicho -y quizás porque difícilmente podría entender que a ella sus palabras se le hundían como raíces-, en ese momento quedó embriagado por la fragancia acre y dulce que la mujer le ofrecía. Mareado y tentado por su silueta de lirio del Cantar de los Cantares, la atrajo hacía sí y la tomó de la cintura como si fuera un tallo, le acarició los muslos como si acariciara sus hojas y le besó la boca como si besara sus pétalos; y porque todas las ataduras se les escurrieron cuando se encontraron desnudos y enfebrecidos, él fue estambre y ella fue estigma hasta las primeras sombras de ese día. Y atrás quedaron las azarosas vidas que ambos habían tejido para esconderse de ellos mismos.

Con la penumbra apareció entre los senos de la mujer que dormía a su lado la tímida flor que algunos llaman *lilium longiflorum* y otros *as-susana*, y Melquíades supo entonces algo de todo lo que no sabía de esta vida, que era tanto y tan vasto que más le valía no andar preguntándose por qué en Manantiales llovían flores del cielo nueve meses seguidos y en el verano ya no quedaban ni frutos ni semillas, y menos aún por qué

el poeta había escrito:

*“...el alma
de palabras vacante, y este cuerpo sombrío
tarde sucumben al silencio del estío”*

Así que cuando se dio cuenta de que la mujer y el capullo eran lo mismo, una azucena llovida y una mujer florecida, ya no tuvo prisa para irse o volver a ningún sitio.

NOTICIA BIOBIBLIOGRÁFICA DE HUGO E. BOULOCQ

Nació en Buenos Aires, el 18 de octubre de 1952 y falleció el 28 de enero de 2012.

Fue Asistente Técnico de la Provincia de Buenos Aires en el área Talleres Literarios. Fundó y dirigió la revista literaria *Ocruxaves* y el periódico *Prensa Literaria*. Fue columnista del periódico *Prensa Chica*, colaborador de la revista *Clepsidra* y coeditor de la revista de poesía *El barco ebrio*.

Reunió sus cuentos publicados en el diario *La Prensa*, de Buenos Aires, y en las antologías de Ediciones Filofalsía en un libro titulado “Enroque en la ventana”, editado en 1987. En 2003 publicó su segundo volumen de cuentos “En la prisión de los bárbaros y otros cuentos”, y en 2008 su tercer libro de cuentos “Siempre llueven flores en Manantiales”, compuesto por textos premiados en concursos nacionales.

En 2006 publicó “Breve Teoría y Práctica del Cuento” en la colección Cuadernillos de Literatura 2005 de S.A.D.E. Delta Bonaerense.

Es coautor junto a Alejandra Murcho de “Un siglo de Literatura Sanfernandina - Diccionario Comentado de Escritores de San Fernando.1900-2004”, publicado en 2005 y reeditado en 2009, y de “Textos escogidos de la literatura sanfernandina - Cuentos”, editado en 2009.

En 2010, *Apuntes para una Biografía de Carlos Enrique Urquía*. La vida del poeta Sanfernandino a través de sus libros.

En 2012, Alejandra Murcho publicó la obra que lamentablemente tuvo que terminar sola, *San Fernando de Hoy, Segunda Época Literaria*. Este fue el último trabajo en vida junto con ella que llevó a cabo.

Dirigió el sello editorial *Ocruxaves* desde 1985.

Fue presidente de la SADE (Sociedad Argentina de Escritores), Seccional Delta Bonaerense, y cofundador del Círculo de Escritores de San Fernando. Integra la Sociedad Patriótica y Cultural “Amistad 25”.

En 2009 fue distinguido con el Premio al Mérito del Ateneo Popular Esteban Echeverría.